



XVI Jornada de la Vida Consagrada.

2 febrero 2012.

Queridos hermanos y hermanas:

La próxima Jornada de la Vida Consagrada en la festividad de la Presentación de Jesús en el templo, nos da ocasión para agradecer con gozo y humildad el don que el Señor ha hecho y continúa haciendo a la Iglesia a través de nuestras Congregaciones Religiosas.

Cuando el Beato Juan Pablo II instituía en 1997 esta Jornada invitaba a los religiosos y religiosas a celebrar juntos y solemnemente las maravillas que el Señor ha realizado en sus vidas, cayendo en la cuenta de que “con la profesión de los consejos evangélicos los rasgos característicos de Jesús virgen, pobre y obediente, tienen una típica y permanente “visibilidad” en medio del mundo” (VC 1). También señalaba el Papa como objetivo de esta Jornada, hacer más viva en el pueblo de Dios la conciencia de la insustituible misión de la vida religiosa en la Iglesia y en el mundo; recogía así lo que había afirmado en Vita Consecrata: “la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión” (VC 3)

Una Jornada, pues, para la acción de gracias desde el reconocimiento que “todo es don y gracia”, y para el sincero examen de nuestra respuesta a “tanto bien recibido”.

El lema escogido en España para celebrar esta Jornada “Ven y sígueme. La Vida Consagrada y la Nueva Evangelización”, subraya dos importantes desafíos a la Iglesia de hoy, y, en ella, a la vida religiosa: las vocaciones y la Nueva Evangelización. Nuestra reciente Asamblea General ha intentado afrontar con honestidad la crisis vocacional en las Congregaciones Religiosas. Conscientes de que el futuro de la vida consagrada no se juega en el número, sino en la radicalidad de nuestro seguimiento a Jesús, en el gozo y la generosidad con que nuestras vidas testimonian y anuncian a Jesucristo, sin embargo, es legítima y responsable la preocupación por la disminución de las vocaciones. A la vez, no podemos olvidar que cada vocación es, ante todo, una llamada del Señor, un don suyo, gratuito, al que responde en libertad aquel o aquella que se siente así convocado. Una gracia que es preciso pedir con confianza al Señor de la mies, que nos urge a que se la pidamos. Pero un don que está condicionado también a los esfuerzos de la comunidad cristiana y por tanto, de cada una de nuestras Congregaciones por suscitarlo, descubrirlo, y acompañarlo. Todos somos responsables de crear una cultura vocacional en nuestras comunidades y en nuestras instituciones apostólicas.

La celebración de esta Jornada propicia una reflexión orante, personal y comunitaria, sobre el testimonio de nuestras vidas que constituyen la imagen humana visible de la llamada, y sobre el compromiso con la misión a la que somos enviados, en el contexto eclesial de la Nueva Evangelización.

El icono de la Presentación de Jesús en el templo contiene el símbolo fundamental de la luz; una luz que partiendo de Cristo nos irradia a todos y nos compromete a ser reflejo de ella para los demás. Benedicto XVI hacía referencia a este símbolo en su homilía de la celebración de las Vísperas de esta fiesta el año pasado. Y recordaba que “Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado es ciertamente la que tienen los llamados a la vida consagrada...la profesión de los consejos evangélicos los presenta como signo y profecía para la comunidad de los hermanos y para el mundo” (VC 15).

Efectivamente, la cultura vocacional y la nueva evangelización en la vida consagrada tienen su clave en el testimonio profético de la vida de los religiosos y religiosas. La vida consagrada está llamada a ser ese testimonio profético, vinculado a la manifestación de la primacía de Dios en sus vidas, a la pasión por Jesucristo y al anuncio de su evangelio a los pobres y los últimos de la tierra. “La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con El, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia” (VC 84), en definitiva, de acoger generosamente la llamada a “estar con El”, en que se sintetiza la auténtica experiencia “mística”.

En este testimonio de vida profética se puede encontrar lo fundamental de donde emane la aportación de la Vida Religiosa a la Nueva Evangelización. Desde la radicalización del seguimiento concretada en los votos, “exégesis viva de la Palabra de Dios”, asoma ya un modo propio y peculiar de evangelizar de la Vida Religiosa,

independiente de las tareas en que se traduzca. Los votos colorean la misión dándole una hondura particular. No podemos estar ausentes, ni en los márgenes de este desafío eclesial del siglo XXI, sino en primera línea, con sentido de comunión eclesial. Con ello no haremos sino continuar la historia de nuestras Congregaciones que están estrechamente ligadas a la historia de la evangelización, como reconoce los Lineamenta: “los grandes movimientos de evangelización surgidos en dos mil años de cristianismo, están vinculados a formas de radicalismo evangélico” (n.8). Estas formas radicales de seguir a Jesucristo son las que encarnan los Institutos Religiosos.

Quisiera terminar este saludo en la Jornada de la Vida Consagrada con una fraterna invitación a la esperanza. Una esperanza confiada en el Señor de quién proviene todo bien. Una esperanza realista desde la que mirar al futuro que estimula y anima a seguir invitando a los jóvenes a que “vengan y vean” nuestro testimonio profético de vida y nuestro compromiso con la Nueva Evangelización.

Elías Royón, S.J.
Presidente de Confe